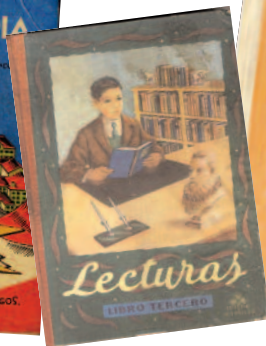


ÉRASE UNA VEZ LA ESCUELA



Ayuntamiento
de Salamanca



ÉRASE UNA VEZ LA ESCUELA



Ayuntamiento
de Salamanca

red de bibliotecas municipales
s a l a m a n c a

Proyecto, coordinación y diseño

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL TORRENTE BALLESTER DE SALAMANCA

Paseo de los Olivos, 10 - 22 37005 Salamanca

Tfno. 923 28 20 69 Fax 923 28 28 35

E-mail biblio@aytosalamanca.es

<http://bibliotecas.aytosalamanca.es>

Fotografía de portada: Victorino García Calderón

Depósito Legal: S 427-2016

Índice

Érase una vez la escuela	6
<i>Los ecos de la escuela en las voces de la literatura</i>	8
Fondo Bibliográfico. Primera parte: rudimentos del saber	11
Cartillas y silabarios. Lectura vacilante y primeras lecturas	13
Lecturas de corrido y graduadas: segundas y terceras lecturas. Antologías y fabularios	14
El Quijote en la escuela. Lectura corriente y escritura: los manuscritos	15
La escritura. Todos el saber: las enciclopedias	16
Libros patrióticos	19
<i>Las familias</i>	21
Fondo Bibliográfico. Segunda parte: saberes reglados y por materias	23
Gramática, lenguaje y literatura. Geografía	25
Atlas. Historia	26
Libros de viajes	27
Lecciones de cosas	28
Aritmética, geometría y matemáticas. Ciencias físico-naturales	29
Dibujo y manualidades. Idiomas: latín, griego y lenguas extranjeras	30
Música y canto. Agricultura y agrimensura	31
Moral y urbanidad, Fisiología e higiene	32
Religión e Historia Sagrada	33
<i>Los alumnos-as</i>	35
Fondo Bibliográfico. Tercera parte: monográficos	37
La educación de las niñas	38
Libros de pedagogía para la formación docente	41
Cuadernos escolares	43
<i>Organización en la escuela. El aula</i>	45
<i>El maestro. La maestra</i>	47
Museos pedagógicos y escolares	48
Índice de textos literarios	51
Bibliografía	52

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones del cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es una extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.

Jorge Luis Borges

Érase una vez la escuela

La Feria del Libro Antiguo y de Ocasión quiere invitarles este año a trasladarse a la escuela del ayer, a través de una selección de manuales y libros escolares y pedagógicos que se han usado en nuestro país a lo largo de diferentes épocas.

Para ir viendo las distintas etapas del aprendizaje gradual del niño, comenzaremos el recorrido por los **rudimentos del saber**: la lectura y la escritura, con una variada muestra de **cartillas**, **silabarios**, **lecturas vacilantes** y **graduadas**, **escritura** y libros **manuscritos**.

Pasaremos después a los **libros de conocimientos**, que nos harán viajar con la imaginación y que nos recordarán las meriendas de pan y chocolate, el perfume de nata de las gomas de borrar, la cantinela de la tabla de multiplicar o el dedo señalando en un atlas montes, ríos...



Y aquí nos encontraremos en primer lugar con las **enciclopedias**, síntesis de los diferentes saberes y único libro de texto para muchos escolares. Pasaremos después a los manuales de **Gramática**, **Geografía** o **Historia**, a los **Libros de viajes** y **Lecciones de cosas**, a la **Aritmética** y las **Ciencias**, el **Dibujo**, las **Manualidades**, la **Música**, los **Idiomas**, la **Agricultura** y, cómo no, a los **libros religiosos** y los dedicados a **Higiene y Urbanidad** o **Economía doméstica**.

Veremos también una muestra de los libros que, en su época, se destinaban específicamente a la “**educación de las niñas**”, y terminaremos este viaje con un apartado dedicado a los libros de **Pedagogía** y una selección especial de **cuadernos escolares**: cuadernos personales de estudiantes, individuales o de rotación, de maestros o inspectores, que constituyen fuentes documentales ricas, diversas y necesarias para acercarnos a la intrahistoria de las aulas. Su lectura nos hará

retroceder en el tiempo hacia una época, ya olvidada pero en la que se percibe vida, pues no sólo ofrecen una perspectiva de aquella enseñanza, sino también de la realidad social que existía fuera de la escuela.

En la muestra están representadas diferentes épocas de la historia de la educación en España. Los manuales del último tercio del siglo XVIII, representados por **Calleja, Paluzié o Bastinos**, entre otros, irán dando paso a otros posteriores de destacadas editoriales como **Dalmáu Carles, Magisterio Español, Salvatella, Hernando, Luis Vives / F.T.D., Prima Luce, Demuro, Escuela Española, Seix Barral, Bruguera, Molino, Camí, Gili, Alvarez, Rivadeneyra** y un largo etc. que nos aportarán también una visión panorámica de la evolución del mundo editorial en la época.

En este panorama hay que destacar también la labor de editores como **Hijos de Santiago Rodríguez** o **Sánchez Rodrigo**, que desde Burgos y Serradilla (Cáceres) impulsaron el mundo editorial regional con una dignísima labor.

Otro de los aspectos que se podrán apreciar en el recorrido, es el de la evolución estética, asociada al trabajo de grandes ilustradores que trabajaron para las editoriales, siguiendo nuevas corrientes pedagógicas como la del suizo **Pestalozzi** y mejorando así el aspecto de los libros, y por ende el aprendizaje. También los contenidos fueron evolucionando y siendo fiel reflejo del carácter político y sociológico de cada época.

Y para acompañar e ilustrar esta muestra bibliográfica, hemos incluido objetos de uso cotidiano en las aulas: pizarras, pizarrines, plumines, escribanías, secantes o cuadernos, junto a otros de carácter más lúdico pero que también conformaron la educación emocional de muchas generaciones: las tabas, los indios, los cacharritos, las huchas, los álbumes de cromos, los tebeos...

Las entrañables fotos de escuela, las láminas (tan importantes en la enseñanza sin un entorno audiovisual como el actual), los mapas y distintos paneles literarios completan este pequeño homenaje a “aquellos días de escuela”, que les invitamos a compartir.



Los ecos de la escuela en las voces la literatura



Sin memoria no hay nada porque sin memoria no somos nadie ni es posible imaginar nada. Lo que somos y lo que imaginamos está tejido con los hilos del recuerdo y de lo vivido. Y nada es, ni siquiera en el paisaje literario de la ficción más irreal, si no ha sido antes en el paisaje sentimental de la memoria de quien escribe y quizá también de quien lee. Por eso el oficio de escribir tiene tanto de añoranza, de mirada hacia atrás, de evocación de los paraísos perdidos de la infancia y de la adolescencia a la búsqueda del tiempo perdido. Y es en esa búsqueda del tiempo perdido cuando en las voces de la literatura se oyen los

ecos de la memoria escolar dibujando el paisaje de una infancia y de una adolescencia en las aulas en las que se mezclan la añoranza y el ajuste de cuentas, los amores difíciles y las amistades peligrosas, el orden y el caos, la sorpresa y la monotonía, los aprobados y los suspensos, el placer y el deber, las sonrisas y las lágrimas, los premios y los castigos, las alegrías y las tristezas... Quizá porque las voces de la literatura y los ecos de memoria escolar de la infancia y de la adolescencia ya tan lejanas no son sino formas de un conjuro con el que intentamos librarnos, a golpes de ficciones y nostalgias, de las asechanzas de lo cotidiano y de la cuenta atrás de un tiempo cada vez más incierto.

La escuela es un tiempo y un lugar donde no sólo se enseñan y aprenden unas cosas y se dejan de enseñar y olvidan otras. Es también un tiempo y un lugar en el que ocurren cosas divertidas y también tristes; donde unos y otras estudian las lecciones, escriben en los cuadernos, juegan en el patio y conversan en las felices horas del recreo; donde habitan las ilusiones y también los desencantos; donde afloran las sonrisas, aunque también a veces aflora el llanto; donde se sufre con el dolor del fracaso y se goza con el placer del éxito; donde se dormita cuando sobreviene el hastío de las horas en la monotonía de las aulas, y donde se escriben mensajes en los pupitres a golpe de bolígrafo o a punta de navaja.

Es, en fin, ese escenario de la vida cotidiana en el que se hacen amigos y enemigos; donde uno se conjura junto a los camaradas y se enfrenta a los adversarios, y donde niños y niñas escriben y leen, alborotan y enmudecen, saltan y corretean, alzan la mano, hacen cola, afilan los lápices, se asoman a Internet, juegan al balón, al escondite y a la comba, se divierten y se aburren, y viven durante la mayor parte de su infancia y adolescencia, de lunes a viernes, les guste o no.

La escuela ha sido y sigue siendo uno de los territorios por excelencia de la memoria (y de la memoria literaria). El recuerdo de aquellos años del colegio tan lejanos, entre maestros y maestras, entre colegas y camaradas, entre amores y desamores, entre sonrisas y lágrimas, oscilando entre el aburrimiento y el jolgorio, estimula en la edad adulta el ejercicio de la memoria y de la imaginación y nos invita a volver a mirar el tiempo pasado de la infancia y de la adolescencia. [...]

Esa nostalgia del tiempo de la infancia y de la adolescencia en las aulas inunda, en consecuencia, no sólo el recuerdo de aquellos años inolvidables del colegio-ya tan lejanos-, sino también el paisaje inmenso de los versos y las prosas de la literatura. Brota entonces en tantas y tantas páginas la memoria literaria de la escuela en relatos y poemas escritos por quienes en su día acudieron a las aulas y hoy evocan con añoranza o con rencor esos instantes, esas horas, esos días y esos años escolares entre libros, colegas, maestros y maestras, ilusiones y desengaños.

A esta alusión literaria al tiempo perdido de la infancia y de la adolescencia en las aulas contribuyen no sólo las voces de las literaturas, sino también la poética escolar que destilan tantas fotografías en blanco y negro (y en sepia) de escolares sentados en sus pupitres enarbolando un lápiz con una pizarra y un mapamundi al fondo o agrupados con gesto adusto a la puerta de la escuela junto a la maestra; tantas enciclopedias y manuales de uso escolar, y tantas ilustraciones y tantos útiles pedagógicos que levantan acta de nuestro personal e intransferible pasado escolar. [...]

Los años del colegio en la literatura-al igual que esas olvidadas fotografías en blanco y negro, esas gráficas y esas enciclopedias escolares de nuestra infancia en las aulas- esbozan un cierto ambiente, a medio camino entre la evocación nostálgica y el ajuste de cuentas, un retrato en sepia de aulas y de olor a tizas, una atmósfera infinita e inolvidable de algarabías y de silencios, de olor a amoníaco, lejía y orines, una poética escolar que nos habla con palabras cordiales o amargas de quienes fuimos y ya no somos, aunque lo que somos tenga bastante que ver con lo que fuimos en aquellos lejanos años del colegio. Y es que, como señalara desde el exilio Max Aub (1971), “uno es de donde estudió el bachillerato”.

¿De qué nos habla la literatura cuando nos habla de la escuela? ¿Qué nos dice en sus páginas sobre los años del colegio y sobre la vida cotidiana en las aulas? ¿Es la memoria literaria de la escuela una memoria teñida de añoranzas y de nostalgias del tiempo pasado y del paraíso perdido e la infancia escolar? ¿O es, por el contrario, una memoria teñida de amargura y de ira al evocar los años tristes de la infancia y de la adolescencia en las aulas y un ajuste de cuentas con el infierno de la escuela?*

*Lomas, Carlos: *Érase una vez la escuela. Los ecos de la escuela en las voces de la literatura.* Barcelona: Graó, 2007.

Recuerdo infantil

Una tarde parda y fría
de invierno los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
mil veces ciento, cien mil,
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Soledades, (1899-1907)
Antonio Machado

Fondo Bibliográfico. Primera Parte: rudimentos del saber



Lo soltaba todo, me colgaba en bandolera la vieja bolsa de lona, de manera que quedara el lirio morado para fuera, buscaba la gorra y salía.

Me paraba en el huerto para inventariar el morral. La pizarra, el libro de lectura de cuarto, el cuaderno de problemas, la aritmética, el palillero, el lápiz, la goma y las reglas. No me faltaba nada. Podía seguir... Subía por la callejuela, atravesaba la Plaza bajo la copa del negrillo, saludaba al señor Arnaldo, siempre plantado en los soportales, y delante de la tienda de las Pintas ya llevaba los faldones de la camisa fuera.

La escuela, al final del pueblo, tenía mimosas alrededor. Por delante pasaba la carretera de alquitrán, en reparación desde hacía años, que salía de Oporto y llegaba hasta Bragança. Bordeada de montones de cascajos, arsenal inagotable y siempre a mano para amedrentar a pedradas a los de Anta, era por donde Canca, encarado en su moto, aparecía y desaparecía a cien por hora, en una nube de polvo.

Me sentaba en el primer banco, a la izquierda de Jerónimo, mi compañero. En un instante, estaba preparado. El señor Botelho se levantaba entonces de la silla, bajaba de la tarima y ordenaba en tono solemne:

-¡Saquen papel! ¡Dictado!

Al oír esta palabra, el aula se quedaba en silencio. Había en todos, grandes y pequeños, un gran respeto por el dictado y por los alumnos que lo hacían. Mientras este duraba claro. El maestro, apoyado en su mesa, el libro en la mano izquierda, la caña de bambú en la derecha, continuaba:

-El calor, coma; la luz, coma; el sonido, coma; son agentes físicos. Punto. Fí-si-cos... Ya no se escribe con ph, como les he enseñado. Todavía hay ciertos autores que lo emplean, pero sólo por terquedad...

Pero los párvulos, que habían tomado de nuevo la palabra, no querían saber nada de desgracias y seguían cantando monótonamente.

-La be con la a, ba; la be con la e, be; la be con la i, bi; la be con la o, bo; la be con la u, bu; tres por una , tres; tres por dos, seis; tres por tres, nueve; tres por cuatro, doce...

Y así, más o menos, terminaba la clase de la mañana.

La creación del mundo
Miguel Torga
Alfaguara

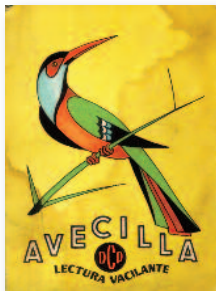
Silabarios y cartillas

El aprendizaje de las letras y los números ha constituido siempre una de las primeras metas de la escuela. Las cartillas, con sus dibujos: (iglesia para la i, oso para la o...), el abecedario gimnástico, el de animales, cartillas con letra cursiva, redondilla, de palotes... Los métodos se suceden: letra a letra, silábicos, fotosilábicos, un dibujo para cada sílaba, globales, etc., buscando siempre el método milagroso que haga más fácil el objetivo.



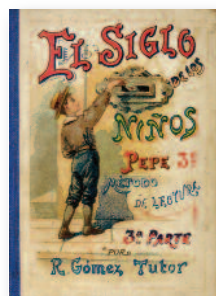
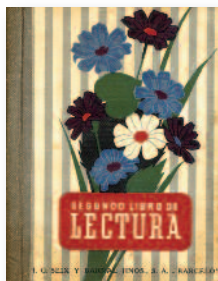
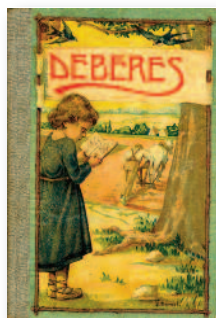
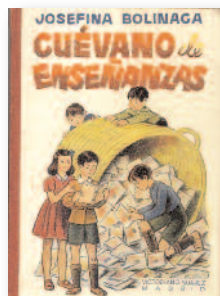
Lectura vacilante y primeras lecturas

Bajo este epígrafe se incluye toda una serie de libros que denotan un conocimiento dubitativo en la mecánica de la lectura. Se pone de manifiesto un aprendizaje relativo referido al conocimiento de las letras pero, a su vez, una cierta dificultad de dominio para fusionar las letras en palabras y éstas en frases. De ahí la denominación expresiva de lectura vacilante que figuraba en el título de algunos de estos libros. Solían incluir poemas, cuentos, lecturas con pictogramas, etc...



Lecturas de corrido y graduadas: segundas y terceras lecturas

En este apartado se incluyen los libros que significaban el nivel deseable de maduración en el ejercicio de la lectura. Genéricamente se titulaban lecturas graduadas y marcaban con su dificultad la progresión del alumno y el desarrollo de sus capacidades. No se trataba sólo de una mera práctica de lectura, los temas se iban abriendo en forma de narración o de pequeño poema predominantemente de tono moral o aleccionador y, camino del perfeccionamiento de la lectura, se buscaba desarrollar el entendimiento y la memoria.



Antologías y fabularios

Un subgénero característico dentro de los métodos avanzados de lecturas es el formado por las antologías de obras literarias españolas o extranjeras. De la misma manera, la fábula ocupaba un lugar de privilegio. La enseñanza nacía naturalmente de una historia sencilla, fácil de comprender por los destinatarios, en especial los niños y los jóvenes. Desde esta perspectiva, se suponía que la fábula era "menos chocante al amor propio". La lección moral que ofrecen puede parecerse a reflexiones del autor, o conclusiones que el lector deduce lógicamente del apólogo.



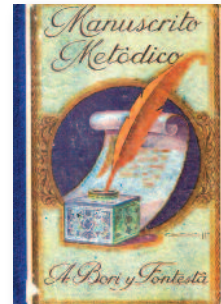
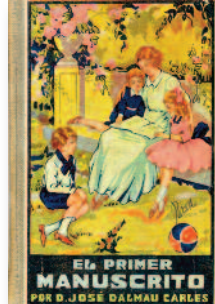
El Quijote en la escuela

Un Real Decreto de 1920, estableció la lectura obligatoria del Quijote en la escuela por ser "un arsenal copioso que atesora sentencias, observaciones y verdades...", porque en él se encuentran "razonamientos que nos presentan de forma clara y comprensiva las normas corrientes de la vida cotidiana" y porque contiene el más "exuberante y riquísimo venero de nuestro espléndido idioma". La lectura del Quijote debía "ocupar el primer cuarto de hora de cada día" al término de la cual el Maestro explicaría la significación e importancia del pasaje leído.



Lectura corriente y escritura: los manuscritos

Acostumbrados a la letra de imprenta, esta es una modalidad de libros que llama especialmente la atención. Los libros en letra manuscrita, cumplían una doble función en el proceso de enseñanza-aprendizaje, pues en ellos se trataban de forma inseparable los saberes básicos de la lectura y la escritura. Solían tener distintos grados o niveles de dificultad e incluían en su tipología primaria y amanuense, pero perfecta, todas las modalidades de letras españolas y extranjeras y, de paso, la invitación a su lectura.



La escritura

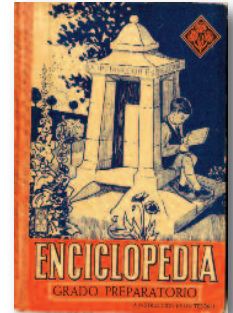
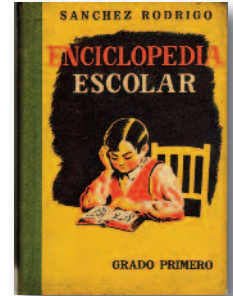
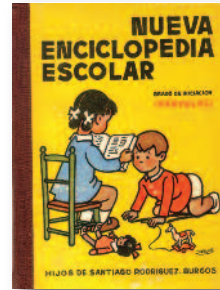
Tradicionalmente la escritura era un saber de rango superior y técnica diferenciada respecto de la lectura. Pero además, la escritura adquirió la dimensión pictórica de una destreza artística. Un saber técnico que nos devolvía al trabajo perfecto y dibujado de los amanuenses medievales y que durante mucho tiempo constituyó una verdadera frontera incluso para las clases relativamente cultas; se aprendía a leer, pero escribir era otra cosa. La caligrafía y la ortografía constituyeron durante mucho tiempo saberes de alto nivel y diferenciadores del nivel cultural de los ciudadanos.



Todo el saber: las enciclopedias

Para cualquier alumno, el llegar al nivel marcado por la enciclopedia suponía, no importa el grado, la entrada en un territorio importante del saber. En la enciclopedia, más o menos sintetizado, ya estaba todo. Precisamente la esencia del saber enciclopédico consistía en aportar una buena síntesis de todas las materias a estudiar conviviendo en un solo libro. Se trata, en no pocos casos, de espléndidos trabajos de síntesis formativa e informativa regidos por la claridad y por el sentido común.





Manuel seguía adelante y siempre daba un rodeo para pasar por el pozo y ver si había dentro algún muerto de amor. Luego entraba en la escuela, se sentaba en el pupitre y sacaba de la cajonera un cartelito donde ponía: “Albacete”.

Porque él entonces, desde luego, era sólo Albacete. La primera vez que fue a la escuela, su padre le dijo: “Y ya sabes, a ver si consigues ser Ceuta o Melilla, y si no puede ser, por lo menos Sevilla o Canarias”. El maestro se llamaba don Fermín y tenía un caballo. Muy de mañana salía siempre a cabalgar un rato y, como para entrar en la cuadra tenía que pasar forzosamente por allí, pues a veces irrumpía en la clase montado en el caballo. Y a veces aprovechaba ya para examinar los deberes o tomar la lección. Era mutilado de guerra, tenía un ojo chafado y una mano ortopédica, y dividía la clase en zona nacional y zona republicana. Los primeros eran los listos y los otros los torpes, y todos empezaban de republicanos menos él, cuya misión consistía en liberar de la ignorancia a la zona rebelde. Según los muchachos iban pasando a la parte nacional, les iba adjudicando los nombres de las ciudades liberadas, y a los primeros en pasar, les llamaba Ceuta y Melilla. Al final del curso, quienes acabasen de republicanos, suspendían, y los otros aprobaban, según la ciudad así la nota. Ya ven ustedes qué fácil era la pedagogía entonces.

El niño Manuel, estudiante mediano, nunca consiguió pasar de ciudades medianas, y cuando su padre le preguntaba al volver a casa qué ciudad era, él bajaba la cabeza y susurraba: “Albacete”...

Entre líneas
Luis Landero
Los libros del oeste

Hacia 1972, cuando Manuel vio que pasaban los años, que Esteban entraba en la adolescencia y que no le llegaba el lenguaje ni con él el uso de razón, decidió hacer lo único que sabía: señalarle las cosas con el dedo y pronunciar sus nombres exagerando la boca en cada sílaba: ga-to, ca-mi-no, na-ran-jo. Esteban miraba el dedo, la boca y los objetos con los bellos pasmados y los ojos mórbidos, y sin ningún indicio aparente de luz en sus tinieblas de estupor. Ante el fracaso de aquel método pedagógico y ya con la sospecha de si no tendrían un hijo menguado, acordaron mandarlo para la escuela, por si allí pudieran hacer algo por él. Todas las mañanas salía muy repeinado y animoso al camino con un cabás de latón que sostenía como si de una espuerta se tratase y donde, además de un lápiz, una libreta y un poco de merienda, guardaba como su padre en el arca una porción de objetos desparejos: una cuerda, unas plumas de pájaro, un frasco vacío de penicilina, una pila gastada de linterna, una jaula de grillo o un trozo pulido de cristal. El perro Viruta lo acompañaba un trecho, y luego él se volvía desde el primer alto del camino y se despedía de sus padres agitando una mano.

Caballeros de fortuna
Luis Landero
Tusquets

Libros patrióticos

La educación patriótica y el espíritu cívico han formado parte de los aprendizajes escolares durante la mayor parte del S. XX, aunque no siempre de la misma manera y con la misma intensidad. El tema de la Patria, más que ser el protagonista del libro educativo, aunque en algún caso podía ser así, en la mayoría de los casos informaba el resto de las materias. En terminología actual podríamos considerarlo como un tema transversal.

Se le daba un carácter triunfalista y optimista que alcanza su máxima expresión en los textos escolares de la dictadura franquista, cuyas lecturas y ejemplos tenían claras connotaciones patrióticas. El modo de servir a la patria en ese momento era aprender a amarla, junto a las tablas de multiplicar y dividir.

La apertura social iniciada en España a fines de los sesenta minimiza este aprendizaje, y en la actualidad no forma parte del currículo escolar tal como se entendía en la época pasada, sino en su faceta más cívica y democrática del aprendizaje de la convivencia.



y la escuela donde aprendimos
a ser buenos cristianos por la gracia
de dios y las calderas sulfurosas
de aquél pedro botero
los himnos nacionales en columna de a
dos
la interminable tabla
del siete que aún nos sigue
robándonos el sueño tanto cuento
de niños ejemplares y mártires
precoces que no iban
a robar fruta verde o por morera
al patio de las monjas donde estaba
a punto de surgir refugium peccatorum
la refulgente virgen a llevarnos
qué aburrido con ella coger lilas
para el altar de mayo (quien más diera
ganaba
un peldaño hacia el cielo
con papá y con mamá si no eran rojos)
(y, a nuestro pesar, eran)

Tríptico de la infancia
Aníbal Núñez



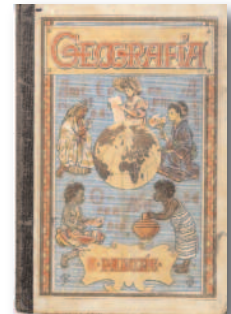
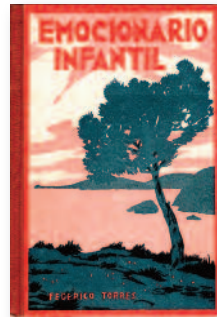
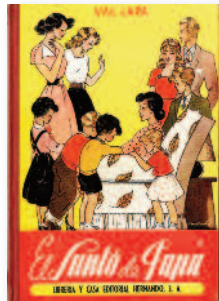
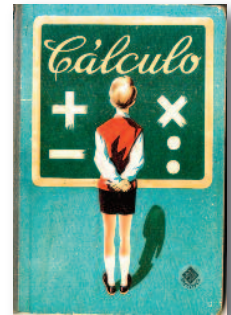
Las familias

En la España de la posguerra, una parte considerable de la población era todavía analfabeta y se encontraba en una situación económica bastante deprimente. Las familias tenían bastantes hijos por lo que era habitual que hubiera varios hermanos en edad escolar a la vez y los padres se interesaban en que sus hijos -sobre todo los varones- aprendieran las nociones básicas pero, en aquella sociedad marcada por la escasez, había que preocuparse antes por la subsistencia. Las niñas corrían peor suerte ya que, en muchas ocasiones, eran destinadas al cuidado de los hermanos pequeños, aún no escolarizados y a las tareas domésticas.

Muchos de aquellos niños y niñas, en especial de los ambientes rurales, faltaban a menudo a la escuela y, aunque era obligatoria su asistencia, las familias carecían de medios y estímulos para cumplir esa orden, cuyo incumplimiento, por otra parte, no era acompañado, en esos primeros años, de sanciones especiales por parte de las autoridades.

Los padres respetaban la autoridad del maestro e incluso le instaban a que castigara a sus hijos, en caso de indisciplina o falta de aplicación. Todavía en los años sesenta, las familias que querían, daban una aportación económica para que sus hijos permanecieran una hora más en la escuela. Eran las llamadas "permanencias" que, reguladas por la Administración, remediaron algo la exigua economía de los maestros pero atentaba contra su dignidad y la de las familias que no podían pagarlas.

Las familias tuvieron que aceptar la necesidad de que sus hijos fueran a la escuela y la obligatoriedad de asistir a ella: los nuevos tiempos identificaban escuela y progreso y, aunque durante el franquismo, el aprendizaje se utilizó como elemento de adoctrinamiento ideológico, la escolarización de una gran parte de la población infantil fue fundamental para el desarrollo del país.





Fondo Bibliográfico. Segunda Parte: saberes reglados y por materias



Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era pequeño, la escuela era un amenaza terrible. [...] No, el maestro don Gregorio no pegaba. Al contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos se pegaban durante el recreo, él los llamaba “parecéis carneros”, y hacía que se estrecharan la mano. Después los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como conocí a mi mejor amigo [...]

Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si iluminas la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relinchar de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomos de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchábamos con palos y piedras en Ponte Sampaio contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Fabricábamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Inicio. Escribíamos cancioneros de amor en la Provenza y en el mar de Vigo. Construíamos el Pórtico de la Gloria. Plantábamos las patatas que habían venido de América [...]

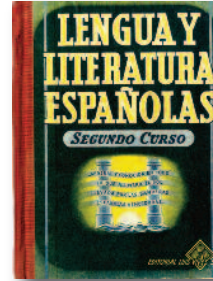
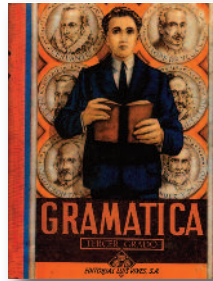
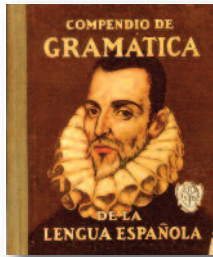
Era la primera vez que tenía clara la sensación de que gracias al maestro yo sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, mis padres, desconocían. Pero los momentos más fascinantes de la escuela era cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaron el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche y azúcar y cultivaban setas. Había un pájaro en Australia que pintaba su nido de colores con una especia de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba tilonorrinco. El macho colocaba una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra.

La lengua de las mariposas
Manuel Rivas
Alfaguara

Gramática, lenguaje y literatura

Una vez conocida la propia lengua por el uso, la repetición y la corrección, se impone un conocimiento complementario referido a los mecanismos internos por los que se rige nuestro idioma. Materia, tan técnica como necesaria que, bajo los títulos genéricos de gramática, lengua o, lenguaje, o desglosada en morfología, sintaxis, prosodia y ortografía, será una de las más publicadas.

La literatura solía tener un tratamiento en parte asociado pero generalmente diferenciado del estudio de la lengua y del habla, sin olvidar tratamientos intermedios para un buen conocimiento de la misma, como los tratados de retórica, estilística, etc.



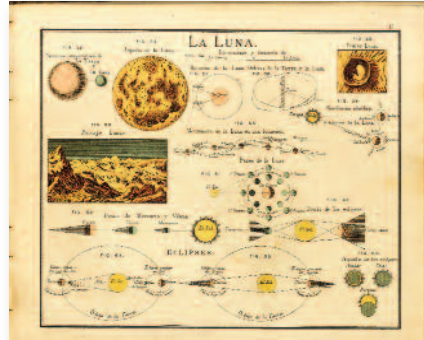
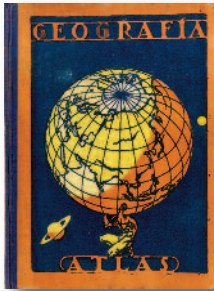
Geografía

Estudiar geografía en el pasado era ante todo dejar volar la imaginación y la fantasía. Si tenemos en cuenta el lento avance de las comunicaciones y los escasos medios de los que disponían los geógrafos, no puede resultarnos tan difícil comprender que su metodología se basase muchas veces en los denominados libros de viajes. Se dedicaban a la Geografía Física (ríos, mares, continentes) y a la Geografía Política (las naciones, sus capitales y otras divisiones administrativas).



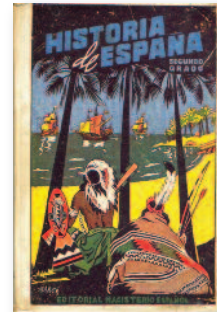
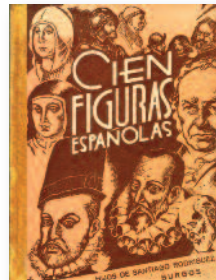
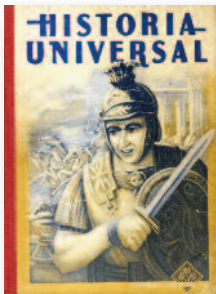
Atlas

Frente a otras materias en las que los maestros sólo podían servirse de soportes impresos, para la enseñanza de la geografía contaban con recursos muy estimulantes para sus alumnos. Nos estamos refiriendo a los atlas, mapas, globos terráqueos, esferas armilares... No podemos dejar de subrayar las auténticas obras de arte que en este apartado podemos encontrar en las escuelas de principios del siglo pasado.



Historia

La historia solía ser una de las materias preferidas por los alumnos, sobre todo por la profusión de dibujos de sus libros: espadas y caballos, guerreros y armaduras, mapas e imágenes de países, continentes y razas desconocidas. Pero además, su conocimiento definía de forma muy especial el nivel cultural de una persona. Sin embargo esta materia ofrecía, en ocasiones, visiones muy sesgadas o desvirtuadas. Es fácil rastrear en estos libros la ideología dominante en el momento de su publicación, lo cual llega a su momento culmen con el modo de estudiar la Historia en el periodo posterior de la guerra civil.



Libros de viajes

El viaje como forma de aprendizaje y posteriormente de enseñanza resulta una de las modalidades más antiguas y a su vez más efectivas. Los viajes reales o inventados, porque aquí jugó un importante papel la fantasía, desde la peregrinación de la monja Egeria, pasando por los medievales de Marco Polo, los relatos sobre la conquista de América y los de los navegantes españoles y portugueses, hasta llegar a otras formas de viajar con pretensiones más científicas y para conocer el territorio, la flora y la fauna.

En esta progresión, el S. XIX constituye la asociación más interesante entre el viaje y el conocimiento de nuevas tierras, gentes, culturas asociadas, etc. Es el siglo de los viajeros románticos descubriendo Europa y muy especialmente España, y también de Julio Verne.

En ausencia de fotografías, los libros de viajes se convirtieron en el caleidoscopio en el cual mirar más allá de nuestras fronteras, en el espejo en el que comprender, lo más objetivamente posible, la cultura, economía, sociedad, política y modos de vida de una sociedad determinada.

Esta modalidad de enseñanza, a partir del viaje o el conocimiento de las cosas, seguirá dando un gran juego bibliográfico y pedagógico hasta los años 60 del S.XX.

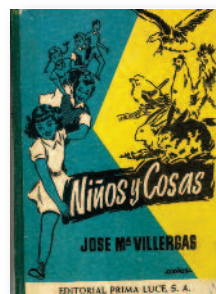
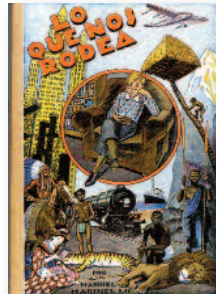
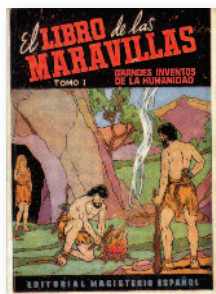
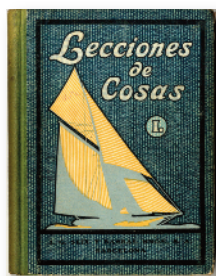
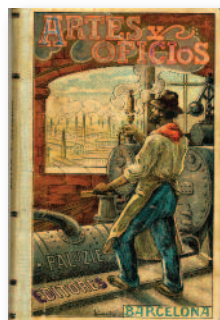


Lecciones de cosas

Coincidiendo con el movimiento de La Escuela Nueva, o como consecuencia del mismo, aparecen numerosos manuales escolares con el título de Lecciones de Cosas, que proponen el lema "de la cosa a la palabra, de la palabra a la idea". Eran tiempos felices en los que el maestro no se sometía servilmente a un programa oficial.

Poner al niño en contacto con las cosas que le rodean es fácil. Pero en los principios del siglo XX ya se tienen noticias de multitud de cosas fuera del ámbito real de la experiencia del niño: mares, montañas, animales, plantas, automóviles, barcos, aviones, procesos industriales que elaboran materias primas, nuevas artes de imprimir, nuevas máquinas de tejer, etc., etc.

Y se recurre a la imagen: primero al dibujo, luego a la fotografía. Los autores y editores publicitan sus manuales predicando el gran número de grabados que contiene el libro. Empieza trabajosamente el reino de la imagen en la Pedagogía. Dalmau se inventa incluso la "lectura gráfica" en la que los nombres de los adelantos más llamativos se sustituyen por su imagen.



Aritmética, geometría y matemáticas

La base de los saberes científicos en la enseñanza estaba representada por las matemáticas en sus distintos niveles y modalidades. Conocimiento práctico e imprescindible que, en los viejos procesos educativos, y por condicionantes más sociales que pedagógicos, a veces se limitaba a procurar el dominio de las cuatro reglas fundamentales y poco más.

Habría que destacar también dentro de este apartado otros libros específicos de materia matemática que fueron profusamente publicados: libros de cuentas ajustadas, libros de cálculo, logaritmos, senos y cosenos, etc.



Ciencias físico-naturales

Bajo este epígrafe podemos encontrar algunos de los libros más bonitos desde el punto de vista estético. El estudio de la naturaleza y de la anatomía humana y animal va a configurar un tipo de libro especialmente ilustrado y sugestivo, con un lenguaje propio y, muy a menudo, apoyado por grabados, desplegables y transparencias de gran belleza.



Dibujo y manualidades

La práctica y aprendizaje del dibujo eran consideradas como materias complementarias y, por ello no hay una gran bibliografía al respecto. Aunque existían algunos tratados de dibujo artístico o geométrico, los libros más comunes consistían en una serie de láminas que el alumno tenía que copiar. Luis Mallafré publicó casi todo lo referente al Dibujo.



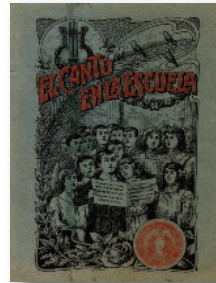
Idiomas: latín, griego y lenguas extranjeras

El latín y el griego fueron durante siglos las lenguas de cultura por excelencia y su conocimiento marcaba la diferencia entre el saber de nivel superior y las enseñanzas más elementales. También, a principios del siglo XX, empezaron a incluirse en los planes de estudio, las lenguas extranjeras, fundamentalmente el francés, editándose numerosas gramáticas y libros de lectura en ese idioma.



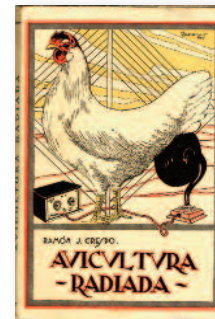
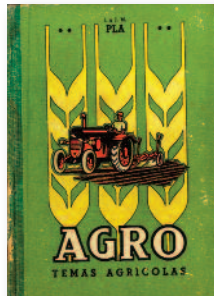
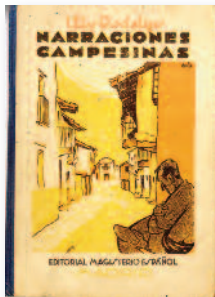
Música y canto

La enseñanza de música y canto jugó desde antiguo un papel fundamental en la educación de cierto nivel y en la asociada a la formación de novicios, seminaristas, y gentes de iglesia. La presencia de la música en la educación tradicional se establecía más a través del ejercicio del canto popular coral y de los cantos religiosos, que de un verdadero estudio y conocimiento musical. En los últimos años se intentó recuperar la música como un estudio reglado y necesario para todos.



Agricultura y agrimensura

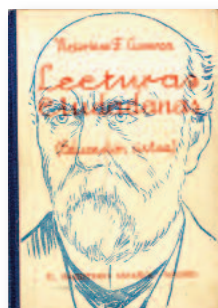
No podemos olvidar que nuestro país ha tenido siempre una base agrícola importante. Los centros de enseñanza estaban llenos de niños y jóvenes cuya dedicación final iba a ser, inevitablemente, la agricultura. Entre los temas y materiales de estudio había unas cartillas o rudimentos dedicados a la agricultura y agrimensura que no valían, en realidad, gran cosa porque el aprendizaje de la agricultura se hacía sobre el terreno y la transmisión de conocimientos de padres a hijos.



Moral y urbanidad

Los tratados de moral, tradicionalmente, se nos presentaban asociados a la educación religiosa y pretendían orientar, cuando no determinar, nuestra conformación interior y nuestros actos. El resto tiene que más que ver con nuestras formas de comportamiento externo y con eso que de manera más genérica simplificamos como buena o mala educación.

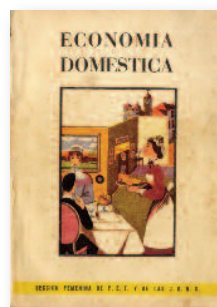
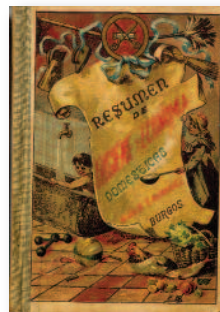
Los tratados de urbanidad y buenas maneras reproducen por lo general patrones de comportamiento ajustados a los momentos en que fueron escritos y pueden resultarnos divertidos y sorprendentes.



Fisiología e higiene

Generalmente, los tratados de fisiología e higiene dedicados a la escuela eran libros sin desarrollo en los que se insistía en la necesidad de la limpieza, en el cuidado corporal y, por extensión, en la mejor atención y alimentación de los niños.

Por su parte, la economía doméstica pretendía reproducir un esquema útil de administración de la casa que, por lo general, era perfectamente sustituido por algunos consejos maternos.

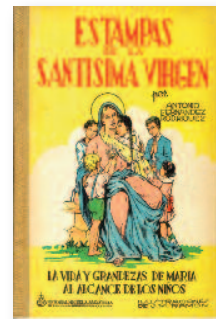
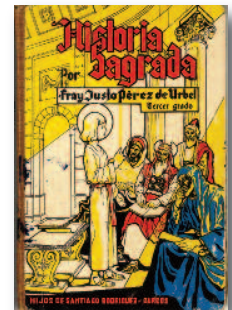


Religión e Historia Sagrada

Los conocimientos religiosos tenían una enorme importancia y presencia en la escuela de la posguerra, no sólo en el ámbito de la enseñanza, sino también de la familia y de la sociedad en general. La bibliografía era inabarcable y estaba destinada a todos los niveles. No deja de ser curioso que en una sociedad raramente lectora y en casas donde no había otros libros, sí estaban presentes los de rezo, misales y devocionarios, más como libro de mano y compañía que como soporte de creencias.

El libro por excelencia para la enseñanza de la religión era el catecismo. En él los alumnos aprendían la doctrina cristiana. La metodología elegida era de tipo cuestionario. Tras una pregunta directa venía la respuesta adecuada que el alumno debía aprender en su integridad. Abundan en ellos las ilustraciones. Podemos destacar como más utilizados los de Ripalda y los de Asteste, con bastantes ediciones ambos.

La Historia Sagrada era el aprendizaje más motivador para el alumno. Sus relatos estimulaban su fantasía y el maestro los aprovechaba para extraer una enseñanza dirigida al alumno. La escuela, además, se hacía eco de las conmemoraciones religiosas, ejemplo de ello son las flores de Mayo, la Virgen del Pilar, las Comuniones...



Los ángeles colegiales

Ninguno comprendíamos el secreto nocturno de las pizarras
ni por qué la esfera armilar se exaltaba tan sola cuando la mirábamos.
Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser redonda
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelanta el reloj de los pájaros.

Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros dedos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva o quebrada
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la aritmética.

Sobre los ángeles
Rafael Alberti



Los alumnos-as

La presencia de las niñas en la escuela era muy rara y no quedaba contemplado el derecho de todos los niños españoles al servicio educativo básico. Tras un largo proceso de implantación de la escuela primaria obligatoria, los niños españoles se fueron incorporando a la escuela, a veces en condiciones precarias pues la dotación de escuelas fue muy lenta y desigual en los distintos territorios.

La Iglesia y los municipios, como respuesta a las demandas de acción social y evangelización, pusieron en marcha escuelas y colegios privados, y así, con el transcurso de los años fueron surgiendo distintos modelos de escuela.



Como, durante la posguerra la mayoría de la población escolar sufría carencias alimenticias, en las escuelas se daba a los alumnos un complemento alimenticio, en forma de leche, queso y mantequilla proveniente de la ayuda americana. Y no era esa la única carencia: la falta de higiene estaba a la orden del día, por lo que cada mañana se pasaba revista a la higiene personal.

Un libro, un cuaderno y un lápiz eran los únicos útiles de los que muchos disponían para su aprendizaje, pues las estrecheces económicas de las familias no les permitían el acceso al material escolar necesario.



El alumno tenía un papel pasivo, mero receptor del conocimiento. Se le hacía memorizar y recitar aunque no comprendiese. Estaba sujeto a órdenes e imposiciones que debía cumplir sin rechistar. Y a una disciplina, a veces represiva, que aceptaba sin dudar. A los diez años, sólo unos pocos, ingresaban al Bachillerato, los demás continuaban en la escuela hasta que, entre los once y los trece años, la iban abandonando para colocarse de aprendices, para trabajar en las labores del campo o para ayudar en las tareas familiares.

Nada hay tan vivo ni tan limpio como esos gritos que bajan por la ladera del monte en esta mañana de mistral y que suenan en el aire de septiembre recién lavado por la tormenta y dorado después por una luz aceitosa. El curso acaba de empezar. Los niños juegan en el patio de un colegio y sus gritos forman un manantial muy claro que cruza el silencio del valle y se pierde en la playa vacía. Nada hay tan cercano y que a uno le lleve tan lejos. El sonido no ha cambiado. Es la algarabía del primer recreo al final del verano que te hace recordar el perfume de aquellos lápices Alpino, la goma de borrar con sabor a coco, el estuche del compás, el suelo de la escuela recién barrido con serrín mojado, los cánticos patrióticos con el brazo en alto, los cuadernos que contenían un bosque ignorado de letras por donde uno se adentró formando las primeras palabras que irían creando el mundo bajo las amenazas morales. Dice el poeta: qué sucios íbamos entonces, pero qué limpios éramos. Esos gritos del recreo también me recuerdan a aquellos lejanos compañeros de pupitre. Algunos eran muy inteligentes y se perdieron. Su talento fue desperdiciado, ya que el lujo más siniestro que se ha permitido este país tradicionalmente ha sido el de arrojar cerebros a la basura si no pertenecían a una determinada clase social. No hay fuente de riqueza ni de energía que pueda equipararse a la inteligencia humana: esa carga magnética equipara a todo el mundo de salida. Muchos de aquellos compañeros de la escuela eran muy despiertos y estaban llenos de imaginación. Como ellos habría innumerables niños por todos los pueblos. Su talento fue arruinado por el marasmo general que en este país ha durado siglos. Pero el mundo moderno ha cambiado de diosa: la Razón ha sido sustituida por la Rentabilidad. No existe inversión más provechosa que explotar ese manantial de inteligencia nueva que brota todos los años por este tiempo, una producción que sólo es exhaustiva si se realiza a fondo por medio de la enseñanza pública. El elitismo, la discriminación, la sustitución del talento por el dinero y partir con desventaja son a la larga antieconómicos y poco rentables. Estos gritos se renuevan siempre cada otoño. Su resonancia es la misma. Comienza a levantarse el bosque de números y palabras en los cuadernos, en las pantallas de los ordenadores. Maduran los membrillos. Se van los vencejos. Vuelven los escolares.

El recreo

Manuel Vicent

El País, 19 de Septiembre de 1999.



Fotografía: J. Ramón Luna de la Ossa. " Cuando aprendí a soñar III"

Fondo Bibliográfico. Tercera Parte: monográficos

Volver la vista atrás, reconstruir el pasado histórico de nuestra educación es recurrir, en gran medida, al examen de los viejos libros escolares. Estos manuales añosos y gastados en blanco y negro con dibujos simples desempeñaron un papel fundamental en la formación de generaciones de ciudadanos que conforman la actual realidad social.

A través de los viejos libros escolares se puede profundizar en los modelos antropológicos y culturales de la educación, en el control ideológico del Estado y en los valores de la sociedad de su tiempo. Por ello, los cuadernos escolares, tan significativos, los libros para la educación de la mujer y los de formación de los maestros completan esta muestra.

La educación de las niñas

Las mujeres tardaron mucho en incorporarse a la escolarización y a la alfabetización sistemática. Solamente podemos hablar de dicha instrucción, y aún con reservas, a mediados del s. XX. Hasta ese momento sólo unas pocas privilegiadas accedían a una educación, por otra parte limitada a aprender a leer y a escribir, un poco de cálculo y gran profusión de aprendizajes propios del ámbito doméstico: bordado, buenas maneras, catecismo...

La regulación educativa que supuso la Ley Moyano de 1857 dio lugar a una proliferación de textos para la educación de las niñas debido a que en dicha ley ya se habla de la obligatoriedad de crear escuelas de niñas. No obstante en esa misma ley se incluyen materias como "Labores propias del sexo", "Nociones de familia, diálogos instructivos sobre la religión, la moral y las maravillas de la Naturaleza" o "Guía del ama de casa, principios de economía doméstica con ampliación a la moral", títulos que hablan por sí solos del ideal de mujer representados en ellos. En ese ambiente no puede menos de causar extrañeza la aparición de los principios que propugna la Institución Libre de Enseñanza sobre coeducación. Era un soplo de modernidad en medio del más absoluto de los inmovilismos. Y no menor extrañeza produjeron las ideas de Concepción Arenal que aboga por un concepto de mujer más dinámico y progresista.

Si esos libros de labores o de economía doméstica reforzaban el papel de esposa y madre, del mismo modo lo hacían los libros de lectura para niñas desde "Flora", "La buena Juanita", "El ángel del hogar" o "La perla del hogar" que reforzaban los estereotipos femeninos: sumisión, piedad, bondad, sensibilidad, etc.

A principios del s. XX se vislumbran en algunos de estos libros unos mensajes algo diferentes, y más tarde, con la llegada de la Segunda República se tratará de romper con ese ideal de mujer, retomando las ideas de la Institución Libre de Enseñanza: coeducación e incorporación de la mujer al trabajo. Pero todo se queda en buenas intenciones ya que, tras la Guerra Civil, vuelven a reproducirse los esquemas tradicionales. Poco a poco la incorporación de la mujer a los estudios superiores y al mundo laboral, el desarrollo económico y la progresiva introducción de ideas sociales más avanzadas, irán suavizando estos estereotipos.

No obstante, no será sino a partir de la Ley de Educación de 1970 cuando se generaliza en España la coeducación como condición básica para una mayor integración de la mujer en todo el Sistema Educativo. El resto de la trayectoria es la historia reciente de la lucha de la mujer por su lugar, que dependerá siempre de la educación.



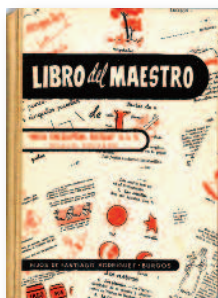
A María la enseñé a hacer diferentes clases de punto: liso, con dibujos, con calados. Tenía unas manos torpes. En los dedos ásperos se le enganchaba la lana retorcida, hilada por ella en las veladas del invierno. Lana blanca de oveja que utilizaban las mujeres para tejer calcetines, escarpines, chalcos. Pero no sabían tricotar. A los pocos días vinieron dos vecinas, igualmente desmañadas y entusiastas, y a medida que los días disminuían y las tardes sombrías del otoño se desplomaban sobre el pueblo, mi pequeño grupo de alumnas aumentaba: “Enseñe a las niñas”, me decían, “que esto les va a valer más que las letras”.

Historia de una maestra
Josefina Aldecoa
Anagrama

Libros de pedagogía para la formación docente

En 1880 había escasas ediciones de libros pedagógicos de autores nacionales destinados exclusivamente a la formación docente. En esa época se dieron los primeros pasos en la creación de las escuelas normales y creció la demanda de libros para los estudiantes de magisterio. Los maestros estudiaban fundamentalmente en libros editados en el extranjero, revistas y folletos. Además, las clases, charlas y conferencias pedagógicas, eran una modalidad privilegiada de la transmisión del conocimiento.

A medida que pasaron los años, empezó a crecer rápidamente la industria editorial nacional que fue cubriendo las nuevas necesidades creadas por la expansión educativa. Al principio se publicaron libros de lectura y de texto para los escolares y, más adelante, obras destinadas a los maestros y al creciente alumnado de magisterio.



Aula

La tinta deja en nuestros dedos marcas policíacas, que el agua fría diluye en gotas azules en la fuente del patio de recreo. Escribimos sacando la punta de la lengua, enfundados en batas que encogen de un mes para otros, con los codos bien pegados al pupitre y rasgueando en el papel cuadriculado con la pluma, suavizada con saliva. Trazos gruesos y sueltos. El gesto y la concentración son los del copista medieval. Tiza, bata, pizarra, pluma Sergent-Major, papel secante rosa, cubilete de porcelana lleno de tinta, encastrado en la madera del pupitre. La mitología de la escuela municipal nos convierte en perfectos modelos para un Doisneau de andar por casa que aspiran embriagados, y a veces se comen, la pastosa cola blanca, que huele a almendra fresca. El señor François se alisa el plateado cabello mientras se fuma un cigarrillo con elegancia. Cuando nos hace salir a la pizarra, adopta una pose majestuosa. Me aterroriza incluso aunque sepa las respuestas. Nunca he pasado tanto miedo, salvo quizá poco después, en cuarto, con el señor Gueutal, el profesor de Matemáticas, que jamás, sonríe, lleva el canoso pelo casi rapado y tiene una cara particularmente nazi, con mirada de acero insostenible, como Laurence Oliver en Marathon Man, aunque lo más probable es que fuera de clase sea un hombre estupendo. Si nos mostramos vacilantes, el señor François se levanta y se nos acerca. Con dos dedos nos agarra de los finos pelillos de las sienes y, mientras nosotros seguimos enfangándonos en el error, tira de ellos hacia arriba lentamente. Dolor. Un dolor que va en aumento. Te pones de puntillas para mitigarlo. Intentas escapar. El suelo del aula es de gruesas tablas, que friegan una vez a la semana con agua y lejía. Madera pálida, gastada, erosionada por pisadas de generaciones de alumnos. En sus fibras retiene el tufo a cloro, mientras trata de recordarnos su verdadera naturaleza con los tímidos efluvios de su leñosa carne, eco olfativo apenas perceptible del árbol al que perteneció. Incluso hoy, si veo un suelo parecido en algún sitio, un bar de un pueblo perdido o una sala parroquial, noto que, instintivamente, mis pies se ponen de puntillas y mis manos acuden a mis sienes para calmarlas.

Aromas
Philippe Claudel
Salamandra

Cuadernos escolares

Hemos querido dedicar un apartado de esta exposición a un tipo de material muy especial, a caballo entre la fuente documental y el entrañable diario cotidiano de la escuela: los cuadernos escolares. Entre los diferentes tipos de cuadernos, encontramos en primer lugar los que usaban los alumnos, plagados de dibujos, patrones, esquemas y notas al margen, que destilan de manera inocente el aroma del contexto político, social y afectivo de la época en la que fueron escritos. Hay además cuadernos de rotación, valiosísimos caleidoscopios colectivos, en los que cada día o cada semana un alumno distinto escribía la lección de las diferentes disciplinas. E interesantísimos son también los cuadernos de los maestros, en los que se puede ver la programación diaria de las clases, el recuento de alumnos y las vicisitudes acaecidas en el día (*“se acabó el carbón”*; *“faltaron muchos muchachos porque fueron a las faenas del campo”*...). Y por último, los cuadernos de inspectores, más oficiales, con los informes educativos de las escuelas de la provincia.

En todos ellos intuimos mucho más de lo que vemos, y leyendo entre líneas obtenemos un relato narrativo, ameno y vívido de las escuelas de la Restauración, la Segunda República, la Guerra Civil o la dictadura.



Sentado en una silla bajita, dibujada lenta y aplicadamente en la piedra, que era el nombre que se le daba entonces a la pizarra, palabra demasiado pretenciosa para salir con naturalidad de la boca de un niño y que tal vez ni siquiera conociera todavía. Es un recuerdo propio, personal, nítido como un cuadro, en el que no falta la bolsa en la que acomodaba mis cosas, de arpillera marrón, con un asa para poderla llevar colgada al hombro. Escribía en la pizarra con tiza de dos calidades que se vendía en las papelerías, una, la más barata, dura como la piedra en que se escribía, mientras que la otra, más cara, era blanda, suave, y le decíamos de leche, debido a su color, un gris tirando a lechoso, precisamente. Sólo después de haber entrado en la enseñanza oficial, y no fue en los primeros meses, mis dedos pudieron, por fin, tocar esa pequeña maravilla de las técnicas de escritura más actualizadas.

No sé cómo lo percibirán los niños de ahora, pero en aquellas épocas remotas, para la infancia que fuimos, nos parecía que el tiempo estaba hecho de una especie particular de horas, todas lentas, arrastradas, interminables. Tuvieron que pasar algunos años para que comenzásemos a comprender, ya sin remedio, que cada una tenía sólo sesenta minutos, y, más tarde aún, tendríamos la certeza de que todos ellos, sin excepción, acababan al final de sesenta segundos...

Las pequeñas memorias
José Saramago
Alfaguara



Organización en la escuela. El aula

La escuela era, fundamentalmente, el aula. Tenía materiales sobrios y en ella trabaja el maestro con un número considerable de alumnos. Su mesa se situaba en una tarima desde donde se visualizaba todo el espacio.

En la pared frontal se colgaba el crucifijo en el centro y, a cada lado, los retratos de Franco, el Jefe del Estado y José Antonio, fundador de la Falange. También el de la Virgen con una balda debajo donde se colocaban las flores. Un armario de madera guardaba todo el material que había. La pizarra siempre estaba escrita señalando la fecha, los temas del día, los ejercicios, la caligrafía y las consignas patrióticas y religiosas. El mapa de España junto con algunas láminas de la historia o las ciencias completaban la iconografía del aula.

El pupitre clásico era de una sola pieza: asiento y mesa a la vez. Tenía unas ranuras para dejar las plumas y los lápices y unos agujeros para ubicar los tinteros de porcelana. La situación de los pupitres dentro de la clase marcaba un status, y era controlada por el maestro que, siguiendo criterios pedagógicos y de organización escolar, los disponía en filas y columnas, que establecían las diferencias de grados y de aprovechamiento.

El problema más arduo para el maestro era organizar el horario para atender a grupos o cursos de diferentes alumnos en la misma clase. Las escuelas unitarias eran las que más sufrían este problema pues tenían que convivir en la misma aula alumnos de los seis a los doce años.

La jornada comenzaba con el acto de izar las banderas; luego una oración y a continuación, la corrección de los deberes. La mañana solía dedicarse al lenguaje -sobre todo la lectura y la escritura- y al cálculo, diferenciándose las actividades en función de cada grupo de edad. Mientras el maestro trabajaba con uno, los otros debían realizar un trabajo personal o en equipo.

El recreo, a media mañana, constituía el gran momento para jugar. Los sábados eran lectivos y se esperaba, con alborozo, la vacación del jueves por la tarde.

La escuela sería mi único recurso. Por entonces, ya empezaba a sentir esa profunda e incomparable plenitud que produce la entrega al propio oficio. Me sumergía en mi trabajo y el trabajo me estimulaba para empezar nuevos caminos. Cada día surgía un nuevo obstáculo y, a la vez, el reto de resolverlo. Los niños avanzaban, vibraban, aprendían. Y yo me sentía enardecida con los resultados de ese aprendizaje que era al mismo tiempo el mío.

Nunca he vuelto a sentir con mayor intensidad el valor de lo que estaba haciendo. Era consciente de que podía llenar mi vida sólo con mi escuela. Cerraba la puerta tras de mí al entrar en ella cada día. Y las miradas de los niños, las sonrisas, la atención contenida, la avidez que mostraban por los nuevos descubrimientos que juntos íbamos a hacer, me trastornaban, me embriagaban. Leíamos, contábamos, jugábamos, pintábamos, nos asomábamos a mundos lejanos en el tiempo y el espacio; nos sumergíamos en mundos diminutos y cercanos que encerraban milagros naturales. Tras el descubrimiento de América, corría veloz el descubrimiento de la circulación de la sangre. Tras la solución de un problema aritmético, la reflexión sobre un poema. Y luego, por qué brillan las estrellas, por qué el hombre ha conseguido volar. Por qué, por qué...

Yo me decía “No puede existir dedicación más hermosa que ésta”. Compartir con los niños lo que ya sabía, despertar en ellos el deseo de averiguar por su cuenta las causas de los fenómenos, las razones de los hechos históricos. Ése era el milagro de una profesión que estaba empezando a vivir y que me mantenía contenta a pesar de la nieve y la cocina oscura, a pesar de lo poco que aparentemente me daban y lo mucho que yo tenía que dar. O quizás por eso mismo. Una exaltación juvenil me trastornaba y un aura de heroína me rodeaba ante mis ojos. Tenía que pasar mucho tiempo hasta que yo me diera cuenta de que lo que me daban los niños valía más que todo lo que ellos recibían de mí.

Historia de una maestra
Josefina Aldecoa
Anagrama

El maestro. La maestra

La formación de los maestros era bastante elemental lo que, unido a su escasa remuneración, hacía que la estimación social de esta profesión fuera baja. Desarrollaban su ardua tarea en aulas mal dotadas, con numerosos alumnos y pocas oportunidades de perfeccionamiento... pero el respeto que les tenían sus alumnos era muy grande. Dotados de gran autoridad, los maestros ordenaban el proceso instructivo, enseñaban y preguntaban. El alumno aprendía, respondía y obedecía.

Se era maestro/a las veinticuatro horas del día, atendiendo además a otras tareas de la comunidad, como clases particulares y para adultos, servicios de ayuda a las familias relacionadas con la administración, redacción de cartas y documentos, e incluso ejerciendo tareas paralelas como practicante, contable, etc. Y sin embargo su sueldo era mísero y a veces lo cobraban en especie.

En definitiva, la sociedad aspiraba a que los maestros fueran santos y tuvieran buena voluntad pero, por otra parte, en vez de ayudarles en su formación o en su labor educativa, amontonaba obstáculos ante ellos.

Esta era la realidad en la mayor parte de los pueblos y villas de España, aunque en algunas ciudades importantes se encontraba también otro tipo de maestro, en un entorno urbano, ligado a la industrialización. Hubo, cómo no, profesores que tuvieron la capacidad y las posibilidades de innovar su magisterio, y aunque ciertamente no eran muchos, sí constituían un número apreciable. Con ellos podríamos elaborar una nómina extensa en el tiempo de las primeras décadas del siglo pasado. Son maestros y maestras que generaron una cultura escolar nueva, que sirvió para renovar el oficio secular de maestro. Y que han quedado en el recuerdo de nuestros mayores como ideal de cultura, de tolerancia y de libertad.



Siempre sabía sacar del armario, en el momento oportuno, los tesoros de la colección de minerales, el herbario, las mariposas y los insectos disecados, los mapas o...que despertaban el interés languideciente de sus alumnos. Era el único de la escuela que había conseguido una linterna mágica y dos veces por mes hacía proyecciones sobre temas de historia natural o de geografía. En aritmética había instituido un concurso de cálculo mental que obligaba al alumno a ejercitar su rapidez intelectual. Lanzaba a la clase, donde todos debían estar de brazos cruzados, los términos de una división, una multiplicación o, a veces, una suma un poco complicada. [...] Los manuales eran siempre los que se empleaban en la metrópoli. Y aquellos niños que sólo conocían el siroco, el polvo, los chaparrones prodigiosos y breves, la arena de las playas y el mar llameante bajo el sol, leían aplicadamente, marcando los puntos y las comas, unos relatos para ellos míticos en que unos niños con gorro y bufanda de lana, calzados con zuecos, volvían a casa con un frío glacial arrastrando haces de leña por caminos cubiertos de nieve, hasta que divisaban el tejado nevado de la casa y el humo de la chimenea les hacía saber que la sopa de guisantes se cocía en el fuego.

El Primer Hombre
Albert Camus
Tusquets



Museos pedagógicos y escolares

Ninguna institución refleja con mayor fidelidad que la escuela los valores de la sociedad de cada época, aquello que en cada momento se ha considerado valioso. De ahí que analizar la escuela sea, en realidad, analizar la sociedad. Además, el tiempo escolar es un tiempo obligatorio, de manera que la escuela es una experiencia compartida y cuando nos acercamos a ella, tenemos la convicción de encontrarnos en un territorio conocido y ya transitado, hasta tal punto que, frecuentemente, los objetos, las piezas, los textos, los materiales forman, para bien y para mal, parte de nuestras vidas.

En las últimas décadas se han llevado a cabo iniciativas para salvaguardar, estudiar, mostrar y difundir todas aquellas expresiones pedagógicas y lingüísticas, que pongan de manifiesto la variedad y riqueza del patrimonio educativo. Proyectos encaminados a crear centros de investigación y documentación, espacios para la reflexión, la investigación y el estudio; referentes obligados para quien pretenda interpretar las claves del proceso de construcción de la institución escolar y conocer la historia de la escuela y de la educación en nuestro país.

En palabras de Víctor M. Juan Borroy, director del Museo Pedagógico de Aragón, un museo es, fundamentalmente, un discurso. Por tanto, reflexionar, debatir, exponer, investigar, analizar tanto el pasado como el presente y plantear los retos que la institución escolar tiene por delante es la apasionante misión que proponen algunos de los museos que referimos a continuación. Es una lista de recursos en línea, en castellano, consultados en septiembre de 2016. No están todos, por supuesto, pero hemos querido destacar por su labor esencial a algunos de ellos.

Museo Pedagógico de Aragón:

<http://www.museopedagogicodearagon.com/#nogo>

Museo pedagógico y del niño Castilla la Mancha:

<http://www.museodelnino.es/>

Museo Pedagógico de Galicia:

<http://www.edu.xunta.es/mupega/>

Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela (Gobierno de Cantabria):

<http://www.muesca.es/>

CEINCE, Centro Internacional de la Cultura Escolar (Berlanga de Duero):
<http://www.ceince.eu/index.php>

Museo virtual de Historia de la Educación:
<http://www.um.es/muvhe/user/index.php>

Centro Museo pedagógico Universidad de Salamanca
http://campus.usal.es/~magisterioza/museo_pedagogico.html

Enlaces Sociedad Española para el estudio del Patrimonio Histórico-Educativo:
<http://institucional.us.es/paginasephe/enlaces.html>

Sociedad Española de Historia de la Educación:
<http://sedhe.es/>

Fundación Francisco Giner de los Ríos:
<http://www.fundacionginer.org/>

Museo de la Escuela rural de Asturias:
http://www.museodelaescuelarural.com/museo-de-la-escuela-rural/museo-de-la-escuela-rural/el-museo_5_1_ap.html

Museo pedagógico de la Universidad de Huelva:
<http://www.uhu.es/museopedagogico/>

Museo de Historia de la Educación “Manuel Bartolomé Cossío”:
<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/muscossio/>

Revista Museo Pedagógico Nacional:
<http://www.residencia.csic.es/bol/num8/mpedagogico.htm>

Centro de Investigación de Manuales Escolares:
<http://www.centroman.es/>

Bibliografía

Álvarez Rodríguez, Román. Escuelas y maestros: memorias y evocaciones. Ambosmundos, 2014.

ANELE. El libro y la escuela: libro conmemorativo de la exposición: Biblioteca Nacional, Madrid, 1992. Madrid: Asociación Nacional de Editores de Libros y Material de Enseñanza, D.L. 1992.

Bello, Luis. Viaje por las escuelas de Castilla y León. Valladolid: Ambito, 1995.

Cabornero Domingo, Javier. Recuerdos de un olvido: los libros en que aprendimos. [Valladolid]: Consejería de Educación y Cultura, D.L. 1997.

Escolano Benito, Agustín (dir). Historia ilustrada del libro escolar en España: del Antiguo Régimen a la Segunda República. Salamanca: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997.

- Historia ilustrada del libro escolar en España: de la posguerra a la reforma educativa. Salamanca: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.

- Historia ilustrada de la escuela en España: dos siglos de perspectiva histórica. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, D.L. 2006.

García Colmenares, Carmen. La escuela de la República: memoria de una ilusión. Madrid: Los Libros de la Catarata, D.L. 2014.

García Crespo, Clementina. Léxico e ideología en los libros de lectura de la escuela primaria: (1940-1975). Salamanca: Universidad de Salamanca, Instituto de Ciencias de la Educación, 1983.

Giner de los Ríos, Francisco. Obras selectas. Madrid: Espasa, D.L. 2004.

González Ruiz, Juan. La escuela de ayer en Cantabria. Madrid, Fundación Santillana, 1988.

Guereña, Jean-Louis. El alfabeto de las buenas maneras: los manuales de urbanidad en la España contemporánea Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2005.

Infantes, Víctor. Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, D.L. 2003.

Junta de Andalucía. Memoria de la escuela (1940-1975): [exposición Biblioteca de Andalucía, 16 de diciembre de 2010-29 de enero de 2011] [en línea]. Universidad Autónoma de Madrid.
[http://www.uam.es/ss/Satellite/FProfesorado/en/1234889827096/1242657638285/evento/detalle/Memoria_de_la_escuela_\(1940-1975\)_Guia_didactica.htm](http://www.uam.es/ss/Satellite/FProfesorado/en/1234889827096/1242657638285/evento/detalle/Memoria_de_la_escuela_(1940-1975)_Guia_didactica.htm) [Consulta: 2016.08.31] (ESP)

Lomas, Carlos. La vida en las aulas: memoria de la escuela en la literatura. Barcelona [etc.]: Paidós, D.L. 2002.

- Érase una vez la escuela: los ecos de la escuela en las voces de la literatura. Barcelona: Graó, 2007.

López Serra, Francisco. Historia de la educación física de 1876 a 1898: la Institución Libre de Enseñanza. Madrid: Gymnos, D.L. 1998.

Martín Fraile, Bienvenido. Estudio y catálogo de cuadernos escolares. Zamora: CEMUPE, 2013.

-La historia contada en los cuadernos escolares: escrituras al margen. Madrid: Los Libros de la Catarata, D.L. 2015.

Martínez Martín, Jesús A. (dir.). Historia de la edición en España (1836-1936). Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2001.

- Historia de la edición en España (1939-1975). Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2015.

Núñez Ruiz, Gabriel. Cómo nos enseñaron a leer: manuales de literatura en España, 1850-1960. Madrid: Akal, D.L. 2005.

Otero, Luis. Al paso alegre de la paz. Barcelona: Plaza Janés, D.L. 1996.

Otero Utaza, Eugenio (ed.). Las misiones pedagógicas: 1931-1936: [exposición: Conde Duque, del 22 de diciembre de 2006 al 11 de marzo de 2007]. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales: Residencia de Estudiantes, D.L. 2006.

Ruiz Berrío, Julio (dir.). La editorial Calleja, un agente de modernización educativa en la Restauración. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2002.

San Román, Sonsoles. Las primeras maestras: los orígenes del proceso de feminización docente en España. Barcelona: Ariel, 2011.

Sopeña Monsalve, Andrés. El florido pensil: memoria de la escuela nacional católica. Barcelona: Crítica, D.L. 1994.

Tiana Ferrer, Alejandro. Las misiones pedagógicas. Madrid: Los libros de la catarata, 2016.

Vázquez Ramil, Raquel. Mujeres y educación en la España contemporánea: la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Señoritas de Madrid. Madrid: Akal, 2012.

Villán, Javier. Tole, catole, cuneta: juegos de la infancia perdida. Madrid: Akal, 1999.

[...] La misión del profesor trasciende la misma materia de lo que enseña. En el espacio real de la clase, en las palabras que pronuncia, alienta un hermoso fenómeno de amor. Se ha escrito que el profesor tiene que amar lo que enseña pero, sobre todo, a aquellos que enseña. Un río de amistad fluye en esos miles de ríos que surcan los rincones del mundo donde “dan clase” los profesores. Ese amor supone que, más allá de los concretos saberes que enseñan, yace el ideal de que todo saber es un deseo de racionalidad que libera a los seres humanos de la esclavitud mental a la que pretenden someter, en las sociedades modernas, los ideólogos de la miseria, los ignorantes con poder sobre los cuerpos o consciencias.

La racionalidad tiene que ir acompañada del impulso latente en esa “esfera superior” a la que Giner se refería. Un impulso que arranca de los fundamentos de la cultura humana, como son la verdad, el bien, la belleza y todas las expresiones de la vida que se manifiestan en estos conceptos. Una lucha constante por esas “utopías” que, paradójicamente, no son nada utópicas. Lo utópico, lo que no tiene lugar ni espacio en el mundo, es el “desgénero humano”, la degeneración mental hacia la que la ignorancia y la falsedad podrían conducirnos.

Lledó, Emilio. “La misión del maestro”.
Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, diciembre 2015,
II Época, nº 100 pp. 13-14

Índice y referencias bibliográficas de los textos literarios

Alberti, Rafael. <i>Sobre los ángeles</i> . Cátedra, 1996.	34
Aldecoa, Josefina. <i>Historia de una maestra</i> . Anagrama, 1997.	40, 46
Borges, Jorge Luis. <i>Borges oral</i> . Alianza, 1998	6
Claudel, Philippe. <i>Aromas</i> . Salamandra, 2013.	42
Camus, Albert. <i>El primer hombre</i> . Tusquets, 2013	48
Landero, Luis. <i>Caballeros de fortuna</i> . Tusquets, 1994.	18
- <i>Entre líneas</i> . Del Oeste ediciones, 1996.	18
Lomas, Carlos. <i>Érase una vez la escuela</i> . Graó, 2007.	8
Lledó, Emilio. <i>La misión del maestro</i> . Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, 2015.	54
Machado, Antonio. <i>Soledades</i> . Cátedra, 1997.	10
Núñez, Aníbal. <i>Poesía reunida</i> . Calambur, 2015	20
Rivas, Manuel. <i>¿Qué me quieres amor?</i> . Alfaguara, 1996.	24
Saramago, José. <i>Las pequeñas memorias</i> . Alfaguara, 2007.	44
Torga, Miguel. <i>La creación del mundo</i> . Alfaguara, 1986.	12
Vicent, Manuel. <i>El recreo</i> . El País, 19 de septiembre de 1999.	36

Este catálogo se terminó de imprimir en Salamanca, en el mes de octubre de 2016, con motivo de la 24 FERIA Municipal del Libro Antiguo y de Ocasión.



24 FERIA Municipal del Libro Antiguo y de Ocasión.

del 22 de octubre al 6 de noviembre de 2016

Plaza Mayor

Salamanca



Ayuntamiento
de Salamanca

red de bibliotecas municipales
s a l a m a n c a